



PLANETA

CLÁSICO

LAZARILLO DE TORMES

PREFACIO DE GREGORIO MARAÑÓN

EDICIÓN DE VÍCTOR GARCÍA DE LA CONCHA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

© Espasa Libros, S. L. U., 1940, 1987, 2007, 2010

© 2012, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-3058-4

ISBN 10: 958-42-3058-1

Primera impresión: enero de 2013

Segunda impresión: diciembre de 2013

Tercera impresión: diciembre de 2014

Cuarta impresión: febrero de 2016

Quinta impresión: marzo de 2017

Sexta impresión: agosto de 2019

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S. A. S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

ÍNDICE

PREFACIO de Gregorio Marañón	9
INTRODUCCIÓN de Víctor García de la Concha ...	27
Un libro todo problemas	28
Una carta sobre «el caso»	32
Estructura del relato	36
La «carrera del vivir» en tres módulos ternarios	40
La modernidad ideológica	45
¿Un libro heterodoxo?	47
Perspectivismo y arte literario	49
Un libro absolutamente moderno	52
BIBLIOGRAFÍA	55

LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES, Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

Prólogo	61
Tractado primero.—Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fue	65
Tractado segundo.—Cómo Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó	85

Tractado tercero.—Cómo Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaesció con él	101
Tractado cuarto.—Cómo Lázaro se asentó con un fraile de la Merced, y de lo que le acaesció con él	127
Tractado quinto.—Cómo Lázaro se asentó con un buldero, y de las cosas que con él pasó	129
Tractado sexto.—Cómo Lázaro se asentó con un capellán, y lo que con él pasó	143
Tractado séptimo.—Cómo Lázaro se asentó con un alguacil, y de lo que le acaesció con él	145

TRACTADO PRIMERO

CUENTA LÁZARO SU VIDA Y CÚYO HIJO FUE

Pues sepa Vuestra Merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes ¹, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre; y fue desta manera: mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una azeña que está ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años; y estando mi madre una noche en la azeña, preñada de mí, tomole el parto y pariome allí; de manera que con verdad me puedo decir nascido en el río.

Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso, y confesó y no negó ²,

¹ *a mí llaman Lázaro de Tormes*: recuérdese el consejo que, en el Coloquio de Erasmo da Nestorio a Harpalo, deseoso de conseguir la honra que no tiene por herencia de sangre: «... no permitas que te llamen Harpalo Comense, sino Harpalo de Como, porque es lo que corresponde a los nobles».

² *confesó y no negó*: parodia del Evangelio de San Juan, 1, 20: «confessus est et non negavit».

y padesció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados³. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales⁴ fue mi padre, que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fue; y con su señor, como leal criado, fenesció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos por ser uno de ellos⁵, y vínose a vivir a la ciudad, y alquiló una casilla, y metiose a guisar de comer a ciertos estudiantes, y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena⁶, de manera que fue frecuentando las caballerizas. Ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban⁷, vinieron en conocimiento. Éste algunas veces se venía a nuestra casa y se iba a la mañana. Otras veces, de día, llegaba a la puerta en achaque⁸ de comprar huevos y entrábase en casa. Yo, al principio de su entrada, pesábame con él y habíale miedo, viendo el color y mal gesto

³ *el Evangelio los llama bienaventurados*: parodia del Evangelio de San Mateo 5, 10, «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos». Naturalmente aquí se busca el chiste en ese *por la justicia*: el padre de Lázaro es perseguido por el *poder judicial* a causa de sus hurtos.

⁴ *entre los cuales*: aunque en concordancia de sentido puede referirse a los que iban en la armada, no hay que descartar que se busque la ambigüedad de «moros, entre los cuales...».

⁵ Un viejo refrán decía: «allégate a los buenos y serás uno de ellos».

⁶ Parroquia de Salamanca, anteriormente iglesia de la Orden militar de Alcántara.

⁷ *moreno*: según el *Diccionario de Autoridades*, solía llamarse así «al hombre negro atezado, por suavizar la voz negro, que es la que le corresponde»; *curaban*, cuidaban.

⁸ *en achaque*: con el pretexto de...

que tenía; mas, de que vi que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno leños a que nos calentábamos.

De manera que, continuando la posada y conversación⁹, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba¹⁰ y ayudaba a calentar. Y acuérdome que estando el negro de mi padraastro trebejando¹¹ con el mozuelo, como el niño vía a mi madre y a mí blancos y a él no, huía de él con miedo para mi madre y, señalando con el dedo, decía: «¡Madre, coco!». Respondió él riendo: «¡Hideputa!».

Yo, aunque bien mochacho, noté aquella palabra de mi hermanico y dije entre mí: «¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se veen a sí mismos!».

Quiso nuestra fortuna que la conversación del Zaide, que así se llamaba, llegó a oídos del mayordomo y, hecha pesquisa, hallose que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban, hurtaba, y salvados, leña, almohazas¹², mandiles, y las mantas y sábanas de los caballos hacía perdidas; y, cuando otra cosa no tenía, las bestias desherraba, y con todo esto acudía¹³ a mi madre para criar a mi hermanico. No nos maravillamos de un clérigo ni de un fraile porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de

⁹ *conversación*: el *Diccionario de Autoridades* registra en el vocablo la significación de «trato y comunicación ilícita o amancebamiento». Aquí se juega con el doble sentido.

¹⁰ *brincaba*: ponía sobre las rodillas y levantaba en alto.

¹¹ *trebejando*: jugando.

¹² *almohazas*: rascaderas de hierro para limpiar los caballos.

¹³ *acudía*: ayudaba.

otro tanto¹⁴, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto.

Y probósele cuanto digo y aún más, porque a mí con amenazas me preguntaban, y, como niño, respondía y descubría cuanto sabía, con miedo: hasta ciertas herraduras que por mandado de mi madre a un herrero vendí. Al triste de mi padrastró azotaron y pringaron¹⁵, y a mi madre pusieron pena por justicia, sobre el acostumbrado centenario¹⁶, que en casa del sobredicho Comendador no entrase ni al lastimado Zaide en la suya acogiese.

Por no echar la soga tras el caldero¹⁷, la triste se esforzó y cumplió la sentencia, y, por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fue a servir a los que al presente vivían en el mesón de la Solana. Y allí, padesciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico, hasta que supo andar, y a mí hasta ser buen mozuelo, que iba a los huéspedes por vino y candelas y por lo demás que me mandaban.

¹⁴ *para ayuda de otro tanto*: no nos maravillemos de que clérigos y frailes hurten, respectivamente, del dinero que recogen para los pobres o de sus conventos, a fin de ayudar a sus amantes para que críen a los hijos habidos de ellas.

¹⁵ *azotaron y pringaron*: las Ordenanzas castigaban tales hurtos con pérdida del sueldo durante un tiempo y cien azotes. Cuando se trataba de negros o moros, era frecuente, además, *pringarlos*, esto es, derretir tocino encima de las heridas causadas por los azotes. En el caso del Zaide y la madre de Lázaro concurrían otras circunstancias agravantes: la cohabitación de una mujer «con hombre de otra ley» era juzgada como incesto, en el cual se apreciaba una suerte de herejía; ella, además, era viuda y servía en la casa del comendador, de quien el negro era esclavo. Las leyes prescribían en ese caso: a él, cien azotes y ser quemado; a ella, cien azotes. Véase mi *Nueva lectura...*, pág. 129.

¹⁶ *centenario* de azotes. Véase la nota anterior.

¹⁷ *echar la soga tras el caldero*: adagio que aquí da pie a jugar con la ambigüedad de insinuar que, en caso de persistir, al caldero del pringue podría suceder otra pena más grave.

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual, paresciéndole que yo sería para adestralle¹⁸, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciéndole cómo era hijo de un buen hombre, el cual, por ensalzar la fe, había muerto en la de los Gelves¹⁹, y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. Él respondió que así lo haría y que me recibía no por mozo sino por hijo. Y así le comencé a servir y adestrar a mi nuevo y viejo amo.

Como estuvimos en Salamanca algunos días, paresciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí; y cuando nos hubimos de partir, yo fui a ver a mi madre y, ambos llorando, me dio su bendición y dijo:

—Hijo, ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto; válete por ti.

Y así, me fui para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y, llegando a la puente, está a la entrada della un animal de piedra que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y, allí puesto, me dijo:

—Lázaro, llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro dél.

Yo, simplemente, llegué, creyendo ser ansí. Y, como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio

¹⁸ *adestralle*: guiarlo como destrón o mozo que lleva a un ciego tomándole de la mano derecha.

¹⁹ *la de los Gelves*: la armada contra los moros antes aludida y sobre la que he hablado en la Introducción.

la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

—Necio, aprende: que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Y rió mucho la burla.

Paresciome que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba. Dije entre mí: «Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer».

Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos días me mostró jerigonza²⁰. Y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho y decía:

—Yo oro ni plata no te lo puedo dar²¹; mas avisos para vivir, muchos te mostraré.

Y fue así, que, después de Dios, éste me dio la vida, y, siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir²².

Huelgo de contar a Vuestra Merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos cuánto vicio.

Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, Vuestra Merced sepa que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz. En su oficio era un águila: ciento y tantas oraciones sabía de coro; un

²⁰ *jerigonza*: jerga de germanía y maleantes. El autor anónimo no la pone, en cambio, en boca de Lázaro.

²¹ Parodia de las palabras de San Pedro recogidas en los *Hechos de los Apóstoles* 3, 6.

²² *adestró en la carrera de vivir*: además de la paradoja de que sea un ciego quien le alumbró, y del juego de simetría —el ciego al que Lázaro guía como destrón, le adiestra a él—, las últimas palabras contrahacen el Salmo, 31, 8, «Te enseñaré la vía por la que debes caminar».

tono bajo, reposado y muy sonable, que hacía resonar la iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos como otros suelen hacer.

Allende²³ desto, tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parían, para las que estaban de parto; para las que eran malcasadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos a las preñadas, si traían hijo o hija. Pues en caso de medicina, decía que Galeno no supo la mitad que él para muelas, desmayos, males de madre²⁴. Finalmente, nadie le decía padecer alguna pasión²⁵, que luego no le decía:

—Haced esto, haréis estotro, cosed²⁶ tal yerba, tomad tal raíz.

Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decía creían. Déstas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año. Mas también quiero que sepa Vuestra Merced que, con todo lo que adquiriría y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi; tanto, que me mataba a mí de hambre, y así no me demediaba²⁷ de lo necesario. Digo verdad: si con mi sutileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre; mas, con todo su saber y aviso, le contaminaba²⁸ de tal suerte, que siempre,

²³ *Allende*: además.

²⁴ *madre*: matriz.

²⁵ *pasión*: dolor.

²⁶ *cosed*: coged. Confusión de sibilantes.

²⁷ *no me demediaba*: no lograba yo ni la mitad de lo que necesitaba.

²⁸ *contaminaba*: engañaba secretamente, sin que él lo advirtiera.

o las más veces, me cabía lo más y mejor. Para esto le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi salvo.

Él traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo, que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y llave; y al meter de las cosas y sacallas, era con tanta vigilancia y tan por contadero²⁹, que no bastara todo el mundo a hacerle menos una migaja. Mas yo tomaba aquella lazeria³⁰ que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada. Después que cerraba el candado y se descuidaba pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura que muchas veces del un lado del fardel descosía y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel, sacando, no por tasa, pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza. Y ansí buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza³¹, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba.

Todo lo que podía sisar y hurtar traía en medias blancas, y cuando le mandaban rezar y le daban blancas³², como él carecía de vista, no había el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca y la

²⁹ *por contadero*: por un espacio tan estrecho que sólo se puede pasar de uno en uno.

³⁰ *lacieria*: miseria.

³¹ *rehacer la chaza*: «volver a jugar la pelota» tras una falta en saque y contrarresto. Lázaro hace un juego de palabras apoyado en el doble sentido de *rehacer*, repetir/arreglar, y de *falta*, error en el juego de la pelota/escasez de comida.

³² *medias blancas*: moneda castellana. Una *blanca* valía entonces medio maravedí. Más adelante, Lázaro contará que la cabeza de carnero que el clérigo de Maqueda le mandaba comprar los sábados costaba tres maravedís.

media aparejada, que, por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio³³. Quejábame el mal ciego, porque al tiento luego conocía y sentía que no era blanca entera, y decía:

—¿Qué diablo es esto, que después que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedí hartas veces me pagaban? En ti debe estar esta desdicha.

También él abreviaba el rezar y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado que, en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por cabo del capuz³⁴. Yo así lo hacía. Luego él tornaba a dar voces, diciendo: «¿Mandan rezar tal y tal oración?», como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino, cuando comíamos, y yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados y tornábale a su lugar; mas turome³⁵ poco, que en los tragos conocía la falta, y, por reservar su vino a salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno que para aquel menester tenía hecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba a buenas

³³ Era costumbre que el mozo de ciego besara las monedas al recogerlas en limosna antes de depositarlas aquél en la bolsa. Lazarillo tenía preparada en su boca una *media blanca*; cuando le echaban al ciego una *blanca*, él la cogía por el aire y, simulando besarla, la cambiaba por aquélla.

la mitad del justo precio: traducción de una fórmula del derecho romano que señalaba en la legislación española de la época el límite justo por encima o por debajo del cual se podía reclamar legalmente en ventas y compras.

³⁴ *capuz*: capa cerrada larga.

³⁵ *turome*: durome. Es trueque frecuente en el *Lazarillo*.

noches. Mas, como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y dende en adelante mudó propósito y asentaba su jarro entre las piernas y atapábale con la mano y ansí bebía seguro. Yo, como estaba hecho al vino, moría por él y, viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente, con una muy delgada tortilla de cera, taparlo, y, al tiempo de comer fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y, al calor della, luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobreto iba a beber, no hallaba nada. Espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

—No diréis, tío, que os lo bebo yo —decía—, pues no le quitáis de la mano.

Tantas vueltas y tientos dio al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido. Y luego otro día, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado ni que el mal ciego me sentía, senteme como solía. Estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licuor, sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada desto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pares-

ció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima³⁶.

Fue tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos dél se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego, y, aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavome con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y, sonriéndose, decía:

—¿Qué te parece Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud.

Y otros donaires, que a mi gusto no lo eran.

Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa³⁷ y cardenales, considerando que a pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría de mí, quise yo ahorrar dél; mas no lo hice tan presto, por hacello más a mi salvo y provecho. Y aunque yo quisiera asentar mi corazón y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego dende allí adelante me hacía, que sin causa ni razón me hería, dándome coxcorriones y repelándome. Y si alguno le decía por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo:

—¿Pensaréis que este mi mozo es algún inocente? Pues oíd si el demonio ensayara otra tal hazaña.

Santiguándose, los que oían, decían:

³⁶ Adviértase en el cambio de personas gramaticales —de primera a tercera y viceversa— el estilo coloquial de narración oral a que me he referido en la Introducción.

³⁷ *trepa*: orla del vestido. De manera semejante había quedado orlada la cara de Lázaro.

—¡Mirá³⁸, quién pensara de un mochacho tan pequeño tal ruindad!

Y reían mucho el artificio y decíanle:

—¡Castigaldo, castigaldo, que de Dios lo habréis!³⁹.

Y él, con aquello, nunca otra cosa hacía.

Y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede, por le hacer mal y daño: si había piedras, por ellas; si lodo, por lo más alto, que, aunque yo no iba por lo más enjuto, holgábame a mí de quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía. Con esto, siempre con el cabo alto del tiento⁴⁰ me atentaba el colodrillo⁴¹, el cual siempre traía lleno de tolondrones y pelado de sus manos. Y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creía, mas tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y porque vea Vuestra Merced a cuánto se estendía el ingenio deste astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaescieron, en el cual me parece dio bien a entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fue venir a tierra de Toledo, porque decía ser la gente más rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase a este refrán: «Más da el duro que el desnudo». Y venimos a este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníamos; donde no, a tercero día hacíamos Sant Juan⁴².

³⁸ *Mirá*: forma entonces habitual del imperativo *mirad*.

³⁹ *que de Dios lo habréis*: que Dios os lo pagará.

⁴⁰ *tiento*: palo que usan los ciegos para que les sirva como guía.

⁴¹ *colodrillo*: parte posterior de la cabeza.

⁴² *hacíamos Sant Juan*: cambiábamos de sitio. Numerosos refranes indican cómo la fiesta de San Juan, 24 de junio, era la ocasión principal del año para cambiar de casa, de criado o para concluir tratos.

Acaesció que, llegando a un lugar que llaman Almorox⁴³ al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dio un racimo dellas en limosna. Y como suelen ir los cestos maltratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano. Para echarlo en el fardel, tornábase mosto, y lo que a él se llegaba⁴⁴. Acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar como por contentarme, que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar y dijo:

—Agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas y que hayas dél tanta parte como yo. Partillo hemos desta manera: tu picarás una vez y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva. Yo haré lo mesmo hasta que lo acabemos, y desta suerte no habrá engaño.

Hecho así el concierto, comenzamos; mas luego, al segundo lance, el traidor mudó propósito y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo debería hacer lo mismo. Como vi que él quebraba la postura, no me contenté ir a la par con él, mas aún pasaba adelante: dos a dos y tres a tres y, como podía, las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano y, meneando la cabeza, dijo:

—Lázaro, engañado me has. Juraré yo a Dios que has tú comido las uvas tres a tres.

—No comí —dije yo—; mas ¿por qué sospecháis eso?

Respondió el sagacísimo ciego:

—¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? En que comía yo dos a dos y callabas.

⁴³ Partido de Escalona, en Toledo.

⁴⁴ Lo que tocaba el racimo se convertía también en mosto.

LA EDICIÓN DE ALCALÁ AÑADE:

A lo cual yo no respondí. Yendo que íbamos así por debajo de unos soportales en Escalona, adonde a la sazón estábamos, en casa de un zapatero había muchas sogas y otras cosas que de esparto se hacen, y parte dellas dieron a mi amo en la cabeza, el cual, alzando la mano, tocó en ellas y, viendo lo que era, díjome:

—Anda presto, mochacho; salgamos de entre tan mal manjar, que ahoga sin comerlo.

Yo, que bien descuidado iba de aquello, miré lo que era y, como no vi sino sogas y cinchas, que no era cosa de comer, díjele:

—Tío, ¿por qué decís eso?

Respondiome:

—Calla, sobrino; según las mañas que llevas, lo sabrás, y verás cómo digo verdad.

Y así pasamos adelante por el mismo portal y llegamos a un mesón, a la puerta del cual había muchos cuernos en la pared, donde ataban los recueros sus bestias, y como iba tentando si era allí el mesón adonde él rezaba cada día por la mesonera la oración de la emparedada, asió de un cuerno, y con un gran suspiro dijo:

—¡Oh, mala cosa, peor que tienes la hechura! ¡De cuántos eres deseado poner tu nombre sobre cabeza ajena y de cuan pocos tenerte ni aun oír tu nombre, por ninguna vía!

Como le oí lo que decía, dije:

—Tío, ¿qué es eso que decís?

—Calla, sobrino, que algún día te dará éste que en la mano tengo alguna mala comida y cena.

—No le comeré yo —dije— y no me la dará.